

**Mensaje del Arzobispo Christophe Pierre**  
**Nuncio Apostólico**  
**por la Marcha por la Vida 2021**  
**29 de enero del 2021**

Muy queridos amigos y amigas:

Si abrimos los oídos del alma a la voz del Señor Jesús, sentiremos seguramente que las tuyas son palabras que nos cuestionan y desafían, pero que al mismo tiempo crean confianza e inspiran serenidad: *“el que me ama –dice Jesús-, cumplirá mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y haremos en él nuestra morada”*.

Son palabras que nos remiten al singular momento de la Última Cena, cuando Jesús, despidiéndose de sus discípulos, contrapone en amorosa y clara disposición la actitud de quien es verdaderamente su discípulo, con la del que no lo es; de aquel que lo ama, con la de quien no lo ama. Son palabras que salen del Corazón de Cristo y que para nosotros se vuelven llamada, invitación y desafío, pero también fuente de admiración profunda.

¡Sí!, tenemos grandes motivos para sorprendernos y alegrarnos. Ante todo porque la gran noticia que Cristo Jesús nos confirma hoy, la misma que da razón de su encarnación, pasión, muerte y resurrección, es que somos amados por Dios; más aún, que cada uno es amado con la misma intensidad con la que Él es amado por el Padre: con amor infinito y total, porque “Dios es Amor”.

¿Puede el hombre recibir una noticia mayor y mejor que ésta, sobre todo hoy, en este tiempo tan lleno de noticias tristes y dolorosas? ¡Ciertamente que no! Es esa la gran noticia: que el amor del Dios, Uno y Trino, está al alcance de cada uno, y que para llenarnos de él es necesario y suficiente corresponder a ese amor, desde la fe, con amor, haciendo vida la Palabra.

El desafío es ese: comprender que la palabra de Jesús no es simplemente algo por “oír” ó “decir”, sino para hacerse vida; para que modele la propia existencia (Cf. Mt 7,24-25).

De suyo, la palabra del Señor y su modo de actuar nos enseñan, que la mirada cristiana al mundo jamás debe ser apática ó indiferente, sino misericordiosa y luminosa, solidaria y fraterna, particularmente hacia los más pequeños del mundo. Nos enseñan que el cristiano, si es tal, jamás puede eximirse de la responsabilidad que tiene en la construcción de una sociedad de paz, justa y fraterna, donde los seres humanos podamos vivir conforme a la dignidad que nos es propia en cuanto personas y en cuanto hijos de Dios, contribuyendo, así, a que el pueblo que camina en tinieblas, vea la gran luz (Cf. Is 9,1): ¡Cristo Jesús!

Uno de los males de nuestro tiempo, es la ausencia de un verdadero humanismo. Miramos cómo la injusticia, la violencia, la calumnia y la mentira, la marginación y la pobreza, el individualismo y el secularismo, van tomando espacio en las mentes y en la vida de los individuos y de las sociedades, y tampoco está ausente la corrupción, la inseguridad económica, social y política.

Propongámonos, por tanto, ayudar, en concreto a las familias, a ser comunidades de vida y de amor, lugares de encuentro y diálogo, de servicio generoso, de fraternidad y solidaridad. Lugares en los que se respete y promueva la vida afectiva, espiritual, cultural y moral de todos sus miembros y en los que cada uno logre asumir responsablemente su propia vocación de discípulo, misionero y testigo de Jesús, transmitiendo la verdad de la Palabra con el ejemplo y teniendo en todo momento al centro la Persona del Señor Jesús: amándolo, siguiéndolo, obedeciéndolo y confiando siempre en Él.